

EL DOMINIO DE GERARDO HORACIO PORCAYO YOCABETH



LENGUADEDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL

El dominio de Yocabeth

D.R. © 2020 Gerardo Horacio Porcayo

Foto de portada: Pixabay.

D.R. Para esta edición © 2020 Lengua de Diablo Editorial

Pueblo de San Antón, Cuernavaca, Morelos, México

<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición junio 2020 en plena pandemia por el Covid19.

EX-LIVRIS: Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

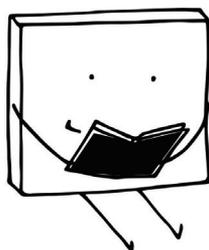
NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México. *Printed and made in Mexico.*

EL DOMINIO
GERARDO HORACIO PORCAYO
DE YOCABETH



LENGUADEDIABLO
■ COLECCIÓNPIXEL

Este cuento de Gerardo Horacio Porcayo obtuvo la
Primera Mención Honorífica del IX Premio Nacional
“Puebla” de Cuento de Ciencia Ficción 1992.

2



Traza círculos alrededor del mundo como una aberración insecta, sin parar, empeñada en derruir mi último baluarte.

Es su universo.

Luna artificial de antiarquitectura celeste. Cajas chinas. Cubos dentro de cubos. Cúpula de seis planos protegiendo hectáreas de tierra marrón y arenas violetas. Un castillo bajo la superficie. Su aposento en el centro geométrico del satélite.

Ella en todas partes.

Su nombre: Yocabeth.

Su línea de pensamiento se mueve en órbitas retorcidas y bizarras.

Su imagen cuenta otra historia.

El estoicismo ha dejado de ser un recurso de sobrevivencia. Siempre supe que no era la respuesta adecuada. Siempre he tenido la mala costumbre de mentirme y embarcarme en el primer expreso de comodidad que se atraviesa en mi camino...

Por eso estoy aquí.

4



Ayer caminé por el desierto. El sol arrojó su luz desmembrada a través del quinto ángulo. Estábamos en rotación veintitrés. Amanecía. El haz violeta se confundió con los gránulos que penetraban los resquicios de mi calzado.

Cubierta por una nube de incienso amarillo, una raquílica comitiva daba sepultura a tres derrotados. Las cruces de todo el cement-

erio se elevaban, semejantes a picas contra el horizonte. Clavadas a ellas, yacían, como podridos espantajos, las últimas prendas de los occisos, aquellas con que finalmente habían dejado atrás los umbrales del dolor.

No pude pasar desapercibido. Un hombre se me acercó. Vestía un faldellín rojo y una manga de lino que alguna vez fue blanco. Quedaba poco de su pectoral, apenas retazos colgantes de bronce. Del yelmo no había siquiera rastros. Su semblante mostraba compasión... Y no era por los muertos, ni por él mismo (la raída capa sobre sus hombros, parecía ser el vector de su orgullo).

—Aún sigues adentro —me dijo.

No lo negué.

—No te preocupes, tarde o temprano estarás con nosotros... después con ellos —afirmó, soñador, señalando el hocico de la fosa. En el borde, una mujer desdentada, lloraba veladamente.

—Ella —dijo el hombre, captando la dirección de mi mirada— sólo completa el rito.

—Teatraliza —aclaré.

—Como todos. Es el único método de vida en este lugar.

Asentí.

El sacerdote roció con un amplio gesto la tapa del ataúd. La mujer desdentada arrojó un puño de tierra.

Después, todo fue llanto.

Por eso voy allí.

3



Firmaba libros con dedicatorias simples, escuetas y apresuradas. Había alcanzado mi objetivo: una novela instalada en los primer-

os lugares de las listas de popularidad. La recompensa inundó mis sentidos. Las luces de los camarógrafos no dejaban que mi ánimo bajara un ápice. La conciencia de un millar de ojos puestos en cada uno de tus movimientos es una experiencia plenamente orgásmica. Disfrutarla no impedía que llevara a cabo ese trabajo con eficiencia maquinal.

—¿Para quién? —dije.

El solo nombre, la entonación, presionó el primer botón. El éxtasis impidió que mis defensas se levantaran.

El roce de su mano hizo el resto; elevó mis ojos sólo para captar su sonrisa y perderme en la profundidad de sus ojos grises.

—Para Yocabeth —repitió, sin dejar de sonreír—, con cariño...
Por eso vine aquí.

7



El decreto ha traído la noche, no la ausencia del sol.

Hace mucho tiempo que no preciso de ordenanzas y criados que me recuerden mis obligaciones. Cuestión de costumbre, de educación...

Tres nuevas colecciones adornan los pasillos. Arte reiterativo, con pequeñas variantes de corriente que van desde el surrealismo hasta el tesseractismo; sus autores probablemente estén dejando filtrar en sus venas torrentes de etanol; son nuevos aquí, no podía esperarse menos.

La algarabía es el primer indicio de la vieja escena que, noche tras noche, empapa los entresijos del castillo y alimenta los ánimos de todos nosotros, sus comensales.

La variante, por primera vez en tres años, se ha repetido; siglo XVII. Un portero me recuerda el camino. Dos mozas se ocupan de mis atuendos. Una tercera, como lo marca el protocolo, me besa en la boca y luego me pone el antifaz.

Mis piernas me guían automáticamente. Ocupo el cerebro en decidir cuál deberá ser mi papel esta noche. El mármol me devuelve, irreverente, una imagen: la nariz hipertrofiada, una zanahoria a mitad del ceño reptilésco; la peluca grisácea cubierta a medias por un sombrero estilo Napoleón; las aristas del moño al principio de la cola de caballo...

Las puertas de caoba se abren ante mí, dejando al descubierto la majestuosidad de la sala.

Un gigantesco candelabro, de recargadas ornamentaciones, oscila sobre Yocabeth. Su figura atrofiada por el armazón del vestido; sus cabellos rizados y sueltos, en contra de la usanza. Porta una máscara de porcelana de facciones griegas.

Un clavicordio marca el ritmo que las llamas parecen emular, confiriendo, a todo lo largo del recinto, una cualidad de ultratumba, acentuada sólo por los disfraces.

Estoy acostumbrado. A esto... y a más.

Como siempre, analizo. Costumbre de escritor. Tres nuevos elementos completan la escena. Uno de ellos, Bruce Ciccone, aferra la cintura de Yocabeth. La cubierta que transforma su cara no alcanza a ocultar el éxtasis.

Es el más nuevo. Pintor, como los dos restantes.

Ninguno de ellos ha logrado la adaptación total... en realidad pocos pueden hacerlo. Sólo veinte lo han logrado. El vino fluye en sus copas, sus risas no son fingidas, tampoco su promiscuidad.

Dejo atrás el estudio de comportamientos y arremeto contra una vieja conocida.

Su nombre es Aimeé. Sus líneas se han desvanecido en un exceso de tejido adiposo. Su belleza ha sido matizada, se extingue conforme la depresión y la abundancia ganan terreno. Sus pies, sin embargo, parecen mantener a raya la obesidad, se desliza previendo los pasos, ajena a la torpeza.

En algún momento fuimos amantes, cuando la conciencia aún no se establecía. Ahora es diferente.

A nuestra izquierda, Remy Burroughs —integrante del trío—, abre desmesuradamente sus ojos, cripa los puños y puedo saber, con absoluta certeza, lo que viene a continuación.

No hace falta esperar mucho.

—Sólo debes ser mía —aúlla, un brillo demente en sus ojos, mientras los músculos, controlados por la parte de cerebro animal que todos conservamos, lo precipitan contra Bruce —. Mía o de nadie —su puño impacta la mandíbula de su adversario.

Actúo antes de pensar. Mi mano retiene el puntapié de remate.

—Somos gente civilizada —declaro, ordenando las variantes del juego.

El aliento de Yocabeth anida en mi cuello. Por un momento... después es tornado.

—Debería matarte —dice, al tiempo que su mano derecha realiza un movimiento sensual e imperativo.

Dos guardias aferran a Remy, arrastrándolo fuera del recinto.

Aimeé está llorando. Sus temblores amenazan con derribar las estatuas de marfil.

Percibo una mirada.

Yocabeth me sonrío.

Aun contra mi voluntad bajo la vista.

Por eso estoy aquí.



Ha transcurrido el tiempo. Es de mañana. El caminar por el exterior se ha convertido en una rutina. La única que nutre mis argumentos.

Visto una cota de malla, según lo ordena el protocolo del día. Las espuelas son la música que acompaña mi deambular solitario a través del laberinto del castillo. El jubón lleva impreso el escudo de armas de Yocabeth. Sobre mí, gravita su aposento, la fase final de las cajas chinas; un cubo de relieves múltiples y magistrales, cuenta la historia del fuero.

No toda. Como siempre, hay más bajo la superficie.

Poseo dos versiones de su vida. La que ella me dio y la que conseguí en el desierto de labios de un trovador. Su nombre era Jonás; su pecado, perder la musa. Usaba un traje de astronauta. El tejido estaba percutido en su totalidad. Había arrancado todas las insignias para no recordarla. Su única posesión era un sintetizador. Y cantaba. Pese a todo cantaba.

—Eres un buen hombre —me dijo, la melodía había terminado. Una lágrima fluía cara abajo—. Por eso sigues ahí. ¿La has vuelto a besar?

Asentí. Era mi primer año.

—No la defraudes. Eres lo único que tiene —sus hombros temblaban. Lo mire con extrañeza—. No te confundas; toda la gente que habita el castillo, no es nada. Sólo tú... Si fallas habrá alguien más —su garganta no pudo contener más el llanto.

Fueron pocas palabras, las suficientes. Lo demás fue correlacionarlo con lo que ella había dicho.

Estoy en el segundo patio. Desde las troneras los guardias me vigilan, con los láser prestos. La iglesia, más allá, aún no empieza a cobrar vida.

He tomado la ruta de Burroughs. Saldré al atardecer de ángulo ocho. Será como ver a Jonás. Tal vez visite su tumba, no lo sé; quizá sólo deseé ver al nuevo desterrado, llorando su pérdida, sin comprender. En él encontraré un espejo cuya reverberación no alcanzo a discernir o identificar.

Por eso voy allí.

9



El viento crea tolveneras de tierra marrón, constantemente asaetadas por siete haces de distinta tonalidad. Ya no escucho mis pasos. El corazón es una guía eficaz. La visera no alcanza a proteger por completo mis ojos.

Distingo las formas de la vieja estación de atraco. La torre de comunicaciones semeja un arcaico campanario. Acuclillada a sus pies, está la figura de Remy. La posición fetal habla por sí sola.

—Te buscaba —digo, tendiéndole la mano. En sus ojos hay una luz reconocimiento, no de rencor.

—¿También te expulsaron?

Niego, mostrando mis atuendos.

—¿Por qué saliste? —pregunta.

—Me ayuda a recordar que soy humano, a pensar en la vida y lo que significa —su rostro luce enlodado y marchito. Las ropas desgarradas y la peluca inexistente.

—No podré aguantarlo... La amo...

—Encontrarás que todos, en este lugar, compartimos tu sentimiento... Cuando lo entiendas, empezarás a odiarla...

Alarga la mano, sin buscar mi cobijo. Se apodera de mi espada y en ella encuentra el consuelo necesario.

Los últimos rayos, en el horizonte, hacen más grotesca la escena. Me mira y no hay agradecimiento, rencor u alegría; tal vez sólo sorpresa y arrepentimiento. Extraigo el acero de su vientre y la sangre abandona su cuerpo con mayor celeridad.

—Cuéntale... —balbucea.

Lo levanto. Mi jubón se tiñe de rojo conforme reconozco el camino.

El traje de astronauta permanece clavado; la escafandra luce una visera rota, como cascarón de huevo. Las perneras se agitan, saludándome, con el viento.

Las horas se gastan en plena oscuridad. La tumba está completa. Ha empezado a llover. Una nueva cruz grita su reclamo al cielo. La punta de mi espada se ha quebrado. En mí anida el desasosiego.

No puedo dejar de observar el sepulcro de Jonás, las gotas que resbalan en sus podridos atuendos, las gotas, creando lodo. Lucho por reprimir la compulsión de abrir su fosa y volverle a preguntar... Tal vez busco en él esa carga de sentimiento que nunca me logré extraer el cadáver de Remy... No me reconocí en su espejo.

Por eso vine aquí.

2



Podría argumentar. Todos lo hemos hecho en algún momento. No tiene caso.

Acepté.

Eran otros tiempos, otras perspectivas que no mesuraban los alcances del solipsismo propio o ajeno.

Cierto, tenía más de lo necesario para vivir... No fue eso.

Seis meses después de conocernos me apoderé de sus secretos, de cada centímetro de su piel, de cada recuerdo... O eso creí.

Descendimos en Avalón. El diseño debió decirme todo. Sólo me sentí arrebatado por los cuatro tableros de ajedrez que retienen atmósfera y filtran radiaciones indeseables; por amaneceres mágicos y noches absolutas en campos y desiertos de color equivocado; por el ingreso al edén de lo artificial, mientras penetrábamos al subsuelo y observaba esa isla en medio de la nada, del satélite, flotando, orgullosa, enhiesta y subyugante, como su dueña: intraducible, fuera del alcance de la realidad...

Por eso vine aquí.

Q



No hubo palabras. El jubón contó la historia.

Me tomó de la mano, sin sonreír. Volví a la cámara real. Me mantuve al pie del lecho, temblando; la armadura escurriendo aguas corruptas...

—Mo, Mo... —dijo ella, mientras abría los seguros y me liberaba del peso físico. Tocó mis llagas con sus labios, bebió el sudor de mi frente... Y fue más adentro, acarició las heridas de mi alma sin atreverse a cerrarlas, tal vez sin desearlo.

Fue mía otra vez. Palpé sus senos cónicos y enhiestos, me perdí en los entresijos de su pubis y reconocí su historia: la contaba tan bien como las inscripciones de las paredes de su aposento. Vacía de vida, llena de sueños que se han vuelto vanidad; perdida en

esa maraña de poder e ilusión. Su humanidad es de otra especie. Ningún hombre podrá tocarla. Jamás.

Emergí, aún más atormentado.

—Mo, Mo —repitió—. No sé qué hacer contigo. ¿Por qué no fuiste como los demás? ¿Por qué no te revelaste? ¿Por qué no fracasaste?

—Porque no hay horizontes.

—Estoy yo —dijo.

Y tenía razón.

Por eso sigo aquí.

K



Han sido dichas las últimas palabras. No hay más fuerzas, más motivos. He terminado la novela. La última. No habrá más fantasías hechas bits. No más portadas adornando las paredes.

La musa ha partido. Y es por siempre.

Pronto estaré afuera, compartiendo el destino de los que me antecedieron; mezclándome entre los detritus del castillo, vagando por dunas violetas y refugiándome en cuevas de montañas insanas. No habrá postergaciones. Sé reconocer los momentos. Ella no.

El bloqueo no puede ser una respuesta. Sé cómo se siente, ha pasado antes. La vez más difícil fue un año y medio atrás. Mi industria se había detenido, luego de tres novelas y dos colecciones de poemas... Ciertamente lo aproveché al máximo, mientras duró. Al principio fue la excitación de la corte, la majestuosidad de las ceremonias, la sensación de poder... Y el amor de Yocabeth. Después vino el viejo remordimiento de la libertad perdida: ya podía reconocerla, en cada detalle, en los mandatos, en las pocas noches en que podía

visitar la cámara real. Yocabeth misma había cambiado. Ya no le era suficiente...

Me dejó seguir aquí. Una noche escuché el retumbar de la aeronave entrando al puerto del castillo y supe lo que venía. Seguí escribiendo: era su historia.

Y Yocabeth vino a mí. Dos guardias la acompañaban. No la miré, trataba de que mi universo fuera esa pantalla donde desfilaban con furia las letras que contaban su vida. Se detuvo, tras de mí, leyendo lo que en el monitor iba apareciendo. Escuché los pasos de los guardias, alejarse y perderse en los ecos del corredor.

No sé cuánto tiempo estuvimos así. Sólo sé que una lágrima mojó mi hombro y me sacó del obnubilamiento. Yocabeth lloraba.

—¿Por qué? —hipó y salió corriendo de allí.

Nunca supe la razón de sus lágrimas. ¿Por mi respuesta tardía? ¿Por su biografía hipertrofiada y cruel? ¿O fue por su apresuramiento en la sustitución?

Lo cierto es que se aferró a los planes y me abandonó. Sólo ayer pude volver a tener el privilegio de su cuerpo. Es un caso único. Los demás que habitan el castillo, simplemente se han contentado con incluirla en su arte y entregarse a la piel de otras mujeres u hombres. Ninguno la ama. Ninguno como yo, o Jonás.

Por eso estoy aquí.

9



Los pajes se mueven alrededor del gran comedor de roble blanco, transportan jofainas con agua y toallas para el aseo de las manos.

Yocabeth hace su entrada. Porta un largo vestido con ricas incrustaciones de piedras preciosas, formando motivos lúbricos. A

su lado; Bruce Ciccone, semeja un pavorreal: el pecho henchido, la cabeza en alto, mostrando la perfección del sastre que permite una caída grácil a su manto.

El ritual es corto; después viene el banquete, constituido, como siempre, por doce manjares exóticos, cuyos ingredientes son importados de los planetas más lejanos de la galaxia.

Algarabía, vinos que fluyen a diestra y siniestra. Sólo tengo ojos para Yocabeth. Rencor para Ciccone. Tristeza para mí.

El trovador ha logrado su presentación. Sus ropas, según lo marca el protocolo, pertenecen a la época; están raídas y sucias. Sólo una larga espera pudo hacer de ellas un pasaporte eficaz.

El espectáculo es sencillo. Las canciones son odas hirientes y blasfemas. El ceño de Yocabeth poco a poco se va arrugando hasta llegar al gesto y la condena: las mazmorras constituirán el próximo hábitat de aquel hombre. No es la primera vez que observo esto.

—Torneo—declara Yocabeth, abriendo el camino hacia el coliseo.

En mis manos, el CD parece latir. Me adelanto, rompiendo esas reglas nunca pronunciadas.

—Majestad—digo.

Ella me mira. Su rostro es una máscara impenetrable. En el segundo patio, los Halconeros aguardan a la expectativa. Hoy, sin embargo, la cetrería no es parte del programa.

—Ruego su venia para no asistir al torneo—digo, entregando el CD con mis escritos. Me mira con intensidad. Lo ha captado. Sabe con exactitud lo que busco.

—Concedida—dice. Hago una reverencia y busco una salida hacia el exterior. Un ácido corroe mis entrañas.

Por eso voy allí.



Es rotación tres. Ángulo siete. El sol cuelga del cenit. A mi derecha una profunda barranca, después el desierto; a mi izquierda campos sin cultivar.

No estoy solo.

Distingo una figura en el borde de la arena violácea. Extraigo el catalejo y observo. Es una mujer de rasgos indígenas. Las ropas son retazos de tela blanca que apenas logran cubrir su cuerpo. Una soga adorna su cuello, el otro extremo se amarra a una larga estaca. A sus pies, un niño, maniatado y desnudo, con una tira de cuerda a modo de cordón umbilical, busca la sombra bajo el cuerpo de su madre. Más allá, la calva de un muñeco de plástico, semienterrado, completa la escena.

La mujer grita, mientras da un paso al vacío. La reacción es eficaz y en cadena. Lloro. Los cuerpos oscilan en medio de una pared escarpada, por espacio de cinco minutos. Después, la tumba no es más una necesidad.

Por eso voy allí.



La esperaba. No me defraudó.

Viste una toga bermeja, sus pies descalzos, el maquillaje al estilo faraónico. La tristeza tatúa su rostro.

—Es lo último, estoy acabado —digo.

—Calla —dice y su vestido se desliza cuerpo abajo. Sus senos me observan, después tocan mi cara y es todo.

Me entrego sin reservas. Ella sobre mí.

—Libérame —suplica; estamos a punto de cruzar el umbral del éxtasis. Su mano depone una daga con empuñadura de oro y forma de ank. Luego, un simple relámpago dorado. Sus gemidos se transforman en grito.

Aún puedo sentir sus espasmos, su cuerpo pegado al mío, las lágrimas que mojan mi rostro, los labios que roban el aliento.

Ahora soy un remanso de líquido rojo que se desborda, empapa la tela del lecho, se filtra y toca el suelo. Soy Moisés y he sido rescatado de las aguas.

Por eso seguiré aquí...

GERARDO HORACIO PORCAYO

Escritor mexicano nacido en Cuernavaca, Mor. Ha radicado en Jojutla, Morelos, en la ciudad de Puebla y en la misma CDMX. Es Técnico Electricista titulado por el IPN, Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica por la BUAP, Maestro en Letras Iberoamericanas por la Ibero Puebla. Ganador de los premios Axón Electrónico Primordial (Argentina, 1992), Nacional Puebla de Cuento de Ciencia Ficción (México, 1993), Kalpa de cuento de CF (México, 1993), Más Allá de cuento inédito de CF (Argentina, 1994), Sizigias por antología de varios autores (México, 2002) y Sizigias de mejor novela publicada (México, 2004). También obtuvo el primer lugar en el XXIX Concurso Magdalena Mondragón 2013 en la categoría de ensayo y mención honorífica del Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano 2015. Es considerado el iniciador de la corriente Cyberpunk en Iberoamérica por la publicación de su opera prima novelística: *La primera calle de la soledad* (México, FETA #70, agosto de 1993; Planeta, febrero de 2020) y una figura fundamental dentro del neogótico mexicano por sus trabajos literarios en este género, como por su labor editorial en el fanzine *Azoth*.



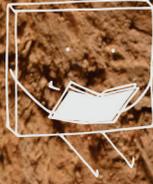
Ex Libris Diaboli Lingua

El dominio de Yocabeth
un cuento de Gerardo Horacio Porcayo
se editó en junio de 2020 en
el antiguo barrio de La Carolina
Cuernavaca, Morelos
y se compartió libremente.
Derechos reservados el autor y
Lingua de Diablo Editorial.



LENGUA DE DIABLO

EDITORIAL



LENGUADEDIABLO
● COLECCIÓNPIXEL



www.lenguadediablo.com